

urnas. ¿Era un sepulcro, ó el templo de Venus armada? Porque éste debia hallarse por allí, como perteneciente á la tribu de las Egidas. César, que pretendia descender de Venus, llevaba en su anillo la imágen de Venus armada; siendo, con efecto, el emblema de los defectos y la gloria de aquel grande hombre:

¿Vincere si possum nuda, qui arma gerens?

El que se colocase á mi lado en la colina veria lo siguiente:

Al Levante, esto es, hácia el Eurotas, un montecillo encumbrado y aplastado en su cúspide, como para servir de estadio ó de hipódromo. Desde los dos lados de este montecillo entre otros dos que forman con el primero unos valles, se descubren las ruinas del puente Babyx y el curso del Eurotas. Al otro lado del rio termina la vista en una cordillera de montes rojizos, y son los montes Menelayos y detrás de estos se elevan las cimas de las montañas que circuyen á lo lejos el golfo de Argos.

De este modo al Este, entre la ciudadela y el Eurotas, mirando entre Norte y Mediodía paralelamente al curso del rio, se colocará la tribu de Limnates, el templo de Licurgo, el palacio del rey Demarato, la tribu de los Egidas y la de los Mesoatos, el monumento de Cadmo, y los templos de Hércules, de Elena y de Platanista. He contado en este vasto espacio siete ruinas que aun se conservaban en pié, pero enteramente borradas y desconocidas. Por lo tanto, y siendo yo dueño de escoger lo mas acomodado á mis ideas, dí á la una de ellas el nombre de templo de Elena; á la otra el del sepulcro de Alemanes; y creí ver los monumentos heróicos de Egeo y de Cadmo; de este modo atendí, mas á la fábula, dejando para la historia el templo de Li-

curgo. Confieso que prefiero á la salsa negra y á la Crypcia, la memoria del único poeta que produjo Lacedemonia, y la corona de flores que las doncellas de Esparta cogieron para Elena en la isla del Platanista.

O ubi campi,

Sperchiusque et virginibus bacchata Lacænis,
Taygeta!

Mirando hácia el Norte, y siempre desde la cumbre de la ciudadela, se ve una colina bastante elevada, y aun mas que la de la misma ciudadela, lo cual está en oposicion con el texto de Pausanias. En el valle que forman estas dos colinas debia hallarse la plaza pública y los monumentos que contenia el senado de los Gerontes, el Coro y el Pórtico de los persas, etc.; pero por este lado no hay ruina alguna. Al Noroeste se estendia la tribu de los Cinosuras, por donde entré en Esparta, y de cuya muralla he hecho mencion.

Volvamos ahora hácia el Oeste, y descubriremos sobre un terreno igual y al pié del teatro tres ruinas, una de ellas bastante elevada, y semejante á una torre: porque aquí se hallaba la tribu de los Pitanates, el Theomelido, los sepulcros de Pausanias y de Leonidas, y el templo de Diana Isora.

En fin, si volvemos la vista al Mediodía, veremos un terreno desigual, en donde solo se hallan á un nivel los cimientos de algunos edificios. Preciso es que se hayan llevado las piedras, porque no se ve ninguna al rededor. Por aquí estaba la casa de Menelao, y mas lejos en el camino de Amiclea, el templo de Dioscures y de las Gracias. Esta descripcion se comprenderá mas fácilmente si el lector se

toma la molestia de tener á la vista á Pausanias, ó el *Viaje de Anacharsis*.

Todo el recinto de Lacedemonia es inculto, y le abrasa el sol, que destruye hasta el mármol de los sepulcros. Cuando ví este recinto ninguna planta cubria estas ruinas, ni una ave, ni un insecto las animaba, y solo se percibian muchísimos lagartos, que corrian sin ruido por entre aquellas abrasadas murallas. Algunos caballos medio montaraces pastaban la poca y marchita yerba que se encontraba á trechos; un pastor cultivaba en un lado del teatro algunas matas de sandía; y en Magoula, que da hoy su triste nombre á Lacedemonia, se alzaba un bosquecillo de cipreses. Este mismo Magoula, que fué un lugar de turcos bastante poblado, pereció tambien en este campo de muerte, y ya no quedan mas que ruinas de ruinas.

Bajé de la ciudadela, y tardé un cuarto de hora en volver al Eurotas: tal es el curso de este rio, que no le conocí dos leguas mas arriba, y al pasar por Esparta se le puede comparar al Marne mas arriba de Charenton. Su cauce, casi seco en verano, presenta un lecho cubierto de guijarros, plantado de cañas y adelfas, sobre el cual corren algunos hilos de agua límpida y fresca. Parecióme el agua muy buena, y bebí mucha, porque me abrasaba de sed. Ciertamente que el Eurotas merece el epíteto de *Kalidonas*, el de las hermosas cañas que le da Eurípides; pero no sé si se le debe conservar el de *Olorifer*, porque no ví alguno en sus aguas. Seguí por mucho espacio su corriente, esperando encontrar aquellas aves, que segun Platon, miran al Olimpo antes de espirar, por lo cual es tan armonioso su canto; pero salieron vanas mis esperanzas, acaso porque no merezco, como Horacio, el favor de las Tindari-

des, las cuales no quisieron dejarme descubrir su secreto origen.

Los rios célebres tienen la misma suerte que los pueblos igualmente famosos, primero desconocidos, luego celebrados en todo el mundo, vuelven á caer en su primera oscuridad. El Eurotas, que antes se llamó *Himero*, corre ahora desconocido bajo el nombre de *Iri*, así como el Tiber, llamado en otro tiempo *Albula*, lleva hoy sus aguas desconocidas con el nombre de *Tevero*. Recorrí las ruinas del puente *Babyx*, que valen poco. Busqué la isla del *Platonista*, y creo haberla hallado mas abajo del *Magoula*; es un terreno de forma triangular, bañado por el Eurotas á un lado, y por los otros dos circuido con fosos llenos de juncas, por donde en el invierno corre el riachuelo de *Magoula*, que es el antiguo *Cnacion*. Encuéntanse en esta isla algunos morales y sicómoros; pero ni plátanos, ni cosa alguna que indique que los turcos le miren como un sitio de delicias: ví, sin embargo, varias flores, sobre todo, lirios azules, que nacen en una especie de gladiolo, y cogí muchos en memoria de Elena: la frágil corona de la hermosura se halla aún en las orillas del Eurotas; pero la hermosura desapareció ha mucho tiempo.

El paisaje que se disfruta marchando por la orilla del Eurotas es muy diferente del que se descubre desde la cumbre de la ciudadela. El rio sigue sinuosamente su cauce, y como ya he indicado, entre cañaverales y adelfas, tan grandes como árboles, y forman un contraste particular con la frescura y la verdura del Eurotas, el aspecto árido y rojizo de los montes *Menelayos*. En la ribera derecha despliega el *Taijetes* su magnífico cuadro, y ocupan todo el espacio comprendido entre este cuadro y el rio las colinas y las ruinas de Esparta. Estas colinas y estas rui-

nas no parecen tan desoladas como cuando se las ve de cerca; por el contrario, se ostentan como bañadas de púrpura de violeta. No son las praderas ni los follajes de un verde apagado las que forman los admirables paisajes, son los efectos de la luz; y he aquí por qué las rocas y los matorrales de la bahía de Nápoles serán siempre mas bellas y pintorescas que los valles mas fértiles de Francia y de Inglaterra.

Al cabo de tantos siglos de olvido, este rio que vió vagar por sus orillas á los lacedemonios celebrados por Plutarco; este rio, repito, sin duda se habrá regocijado oyendo resonar los pasos de un oscuro extranjero. El 18 de Agosto de 1806, á las nueve de la mañana, fué cuando dí solo este paseo, que jamás se borrará de mi memoria. Aunque aborrezco las costumbres de los espartanos, respeto la grandeza de un pueblo libre, y no he podido menos de entristecerme al hollar aquel polvo noble y sagrado. Basta un hecho solo para ceñir de gloria á aquel pueblo: cuando Neron visitó la Grecia, no se atrevió á entrar en Lacedemonia. Este es el mayor elogio de aquella ciudad.

Volví á la ciudadela, deteniéndome á contemplar cuantas ruinas encontraba al paso. Como probablemente Misisra ha sido edificada con las ruinas de Esparta, esto ha contribuido mucho sin duda al deterioro de los monumentos de esta última ciudad. Hallé á mi compañero en el mismo sitio en que le habia dejado; acababa de despertarse, estaba sentado, fumaba, y al parecer se disponia á volverse á dormir. Los caballos pastaban tranquilamente en el hogar del rey Menelao. "Elena no habia dejado su hermosa rueca llena de lana teñida de púrpura, para prepararles un trigo puro en soberbios pesebres."¹ Aunque soy viajero,

¹ Odis.

no soy el hijo de Ulises, si bien prefiero como Telémaco las estériles rocas de mi patria á los mas hermosos países.

En esto era ya mediodía, y como el sol caia á plomo sobre nuestras cabezas, nos pusimos á la sombra en un rincón del teatro, y comimos con valiente apetito un poco de pan y algunos higos secos que habiamos traído de Misisra: José se habia llevado el resto de nuestras provisiones. El genízaro se manifestaba contento, y creyendo estar ya despachado, se disponia á partir; pero bien pronto se desengañó con gran sentimiento suyo. Porque yo comencé á escribir algunos apuntes y dibujar algunas vistas, y concluída esta operacion, que duró dos horas, quise examinar los monumentos por la parte del Poniente de la ciudadela, pues por allí debia estar el sepulcro de Leonidas. Acompañábame el genízaro llevando los caballos del desierto, y vagábamos de ruina en ruina. Nosotros dos éramos los únicos vivientes en medio de tantos muertos ilustres; los dos éramos bárbaros, tan estraños el uno para el otro como á la Grecia, habiendo salido el uno de los bosques de las Galias, y el otro de entre las peñas del Cáucaso, y nos hallábamos en lo interior del Peloponeso, yo para pasar adelante, y él para vivir sobre sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

En vano reconocia todas las piedras, preguntando por las cenizas de Leonidas. Hubo un momento en que concebí alguna esperanza, porque cerca de la torre que indiqué hallarse situada al Oeste de la ciudadela, noté vestigios de unas esculturas que me parecieron las de un leon. Sabemos por Herodoto que sobre el sepulcro de Leonidas habia un leon de piedra; circunstancia que no refiere Pausanias. A la vista de esto concebí nuevo ardor; pero fueron inúti-

les mis esfuerzos é investigaciones.¹ No recuerdo si fué en este punto donde el abate Fourmont descubrió los tres monumentos curiosos. El uno era media columna sin capitel, en la que se veía grabado el nombre de *Jerusalen*: tratabase sin duda de la alianza que celebraron los judíos y los lacedemonios, de que se habla en los *Machabeos*; y los otros dos monumentos eran las inscripciones sepulcrales de Lisandro y de Agesilas; naturalmente debía un francés encontrar el sepulcro de estos dos grandes capitanes. Debo advertir que á mis compatriotas debe la Europa las primeras noticias satisfactorias que recibió acerca de las ruinas de Esparta y de Atenas.² Deshayes, enviado por Luis XIII á Jerusalen, pasó por Atenas hácia el año 1629, y conservamos su *Viaje*, de que Chadler no tenia una idea. El padre Babin, jesuita, publicó en 1672 su relacion del *Estado actual de la ciudad de Atenas*; Spon redactó esta relacion

1 Aquí padecí una equivocacion, porque el leon de que habla Herodoto se hallaba en las Termópilas; y este historiador, no dice si los restos de Leonidas fueron trasladados á su patria. Y sostiene, por el contrario, que Gerges hizo crucificar el cuerpo de aquel príncipe. Por consiguiente, los vestigios del leon que yo ví en Esparta no pueden indicar la tumba de Leonidas. Bien es verdad que yo no recorria las ruinas de Lacedemonia con el *Herodoto* en la mano, porque solo llevaba conmigo á *Racine*, el *Tasso*, *Virgilio* y *Homero*, éste con hojas en blanco para hacer algunas apuntaciones. No será, pues, extraño que precisado á recurrir únicamente á mi memoria, haya podido equivocarme acerca de un lugar, pero no de un hecho. Pueden leerse dos bellísimos epigramas en la *Antología* sobre el leon de piedra de las Termópilas.

2 Cierto es que se conservan acerca de Atenas dos cartas de la coleccion de Martin Crosio, cuya data es del año 1584; pero además de que casi nada dicen, están escritas por griegos, hijos de la Morea, y por consiguiente no producen el fruto que llevan consigo las investigaciones de los modernos viajeros. Spon cita además un manuscrito de la biblioteca Barberina de Roma, que data doscientos años antes de su viaje, y en donde encontró algunos dibujos de Atenas. Véase la Introduccion.

antes que este sábio y hábil viajero comenzase sus investigaciones con Wheler.

El abate Fourmont y Leroy fueron los primeros en dar noticias positivas sobre la Laconia, aunque Vernon pasó antes que ellos por Esparta; pero solo nos queda una carta de este inglés, el cual se contenta con insinuar que ha visto á Lacedemonia, sin hacer la mas insignificante descripcion.¹ No sé si mis investigaciones se transmitirán á la posteridad; pero siquiera habré unido mi nombre al nombre de Esparta, para salvarle del olvido; habré, por decirlo así, descubierto de nuevo esta ciudad inmortal, dando de sus ruinas unas noticias desconocidas hasta aquí. Un simple pescador, por naufragio ó por acaso, determina muchas veces la posicion de algunos escollos que habian escapado á las pesquisas de los mas hábiles pilotos.

Habia en Esparta muchos altares y estatuas consagradas al Sueño, á la Muerte y á la Belleza (*Venus Morphó*), divinidades de todos los hombres: al Miedo armado, que seria sin duda el que los lacedemonios inspiraban á sus enemigos; pero nada de esto queda, aunque en una especie de zócalo leí estas cuatro letras *LASM*. ¿Podriamos suponer que decia *Gelasma*? ¿Seria este el pedestal de la estatua de la Risa, que Licurgo colocó entre los graves descendientes de Hércules? Existiendo solo el altar de la Risa en medio de la sepultada Esparta, seria un gran asunto de triunfo para la filosofía de Demócrito.

Ya se acercaba la noche, cuando haciéndome la mayor violencia, hube de separarme de aquellas ilustres ruinas, de la sombra de Licurgo, de los recuerdos de las Termópilas, y de todas las ilusiones de la fábula y de la historia. El sol se ocultaba ya por detrás del Taigetes, de suerte que

1 Véase la Introduccion.

ví empezar y acabar su carrera sobre las ruinas de Lacedemonia. Tres mil quinientos cuarenta y tres años hacia que por primera vez se habia levantado y puesto el sol sobre aquella ciudad naciente. Retiréme, pues, con la imaginacion llena de cuanto acababa de ver, y entregado á interminables reflexiones: dias como estos hacen que luego sufra uno con la mayor resignacion muchas desgracias, y sobre todo, que mire con indiferencia los mas espantosos sucesos.

Subiendo por la orilla del Eurotas durante hora y media, y atravesando campos, fuimos á caer al camino de Tripolizza. José y el guia me estaban esperando acampados al otro lado del rio, cerca del puente, y habian encendido lumbre con cañas, á pesar de Apolo, á quien el suspiro de aquellas cañas consolaba de haber perdido á Daphne. José se habia provisto abundantemente: tenia sal, aceite, sandías, pan y carne; y así preparó una pierna de carnero, como el compañero de Aquiles, y me la sirvió, teniendo por mesa una gran piedra, con vino de la viña de Ulises, y agua del Eurotas. Para encontrar excelente esta cena, tenia yo precisamente lo que faltaba á Dionisio para conocer el mérito de lá salsa negra.

Concluida la cena, me trajo José la silla del caballo que solia servirme de almohada: me embocé en mi capa, me eché á la orilla del Eurotas, á la sombra de un laurel. La noche estaba tan clara y serena, que la via láctea reflejaba en el agua como una alborada, pudiendo leer á su resplandor. Me dormí, teniendo los ojos elevados al cielo, y cayendo precisamente sobre mi cabeza la hermosa constelacion del cisne de Leda. Aun recuerdo el placer que en otro tiempo me causaba el despertar de este modo en los bosques de América, y sobre todo, el despertarme á media

noche. Yo escuchaba con éxtasis el ruido del viento en la soledad; el bramido de los venados, el rugido de la apartada catarata, mientras mi hoguera moribunda alumbraba la copa de los árboles. Placíame aun la misma voz del iroqués, cuando gritaba en el centro de los bosques, y á la claridad de las estrellas, y en el silencio de la naturaleza, proclamaba su libertad sin límites. Todas estas cosas encantan á la edad de veinte años; porque la vida, por decirlo así, se basta á sí misma, y en la primera juventud se nota cierta inquietud y vacío que continuamente nos arrastra á cosas quiméricas, *ipsi sibi somnia fingunt*; pero en edad ya mas madura, busca el alma mas sólidos placeres, y desea alimentarse con los recuerdos y los ejemplos de la historia. Aun dormiria con satisfaccion en las orillas del Eurotas ó del Jordan, si las heróicas sombras de los trescientos espartanos, ó los doce hijos de Jacob, se me hubiesen de aparecer en sueños; pero no iré á buscar una tierra nueva que no haya surcado el arado; quiero ahora antiguos desiertos que me representen á mi placer las murallas de Babilonia ó las legiones de Farsalia, *¡grandia ossa!* campos cuyos surcos me instruyan, y donde halle, como hombre que soy, la sangre, las lágrimas y los sudores del hombre.

José me despertó el dia 19 á las tres de la mañana, como se lo habia mandado; ensillamos los caballos y partimos. Todavía volví la cabeza para ver el Eurotas y dirigir la última mirada á aquella Esparta, porque no podia vencer el sentimiento de tristeza que causan las grandes ruinas, y el dejar un país que no se ha de volver á ver.

El camino que conduce de la Laconia á Argólide, era en la antigüedad lo mismo que es en el dia, esto es, uno de los mas ásperos é incómodos de la Grecia. Durante al-